

## **TRAMPA CHINA PARA RATONES**

**de**

**Marga C. Castro**

Al entrar en casa nos dimos cuenta de que había estado allí. Estaba claro. No había ninguna duda. Eran pruebas sutiles, casi imperceptibles, pero pruebas al fin y al cabo.

No me despegaba de sus piernas mientras ella miraba intranquila en todas direcciones y recorría las paredes y el suelo en busca de pruebas fehacientes. Pruebas fehacientes, le había dicho su abogada. “No sirven especulaciones, ni pensamientos, ni deseos. Precisamos pruebas”.

Era la última semana de agosto, un agosto incómodamente estable, extraño, apagado y tedioso, uno de esos meses que no queremos recordar después de un tiempo. En ese agosto no había ocurrido nada, ni siquiera un amago de noticias, ni un mensaje. Nada.

Yo seguía viviendo mi vida, entre bostezos, ronroneos y comidas regulares y carreritas por el salón. De vez en cuando mi plato permanecía vacío más horas de lo acostumbrado, a veces el agua escaseaba, incluso. Pero no me afectaba porque disponía de lo mínimo para seguir soñando con que todo volvería a ser como antes. Y los días pasaban en esta especie de quietud.

El asunto había empezado meses antes. Una mañana ella se enfadó de más, él ya llevaba tiempo enfadado de más, malhumorado, huraño. Y los hechos y las palabras pasaron el umbral de lo tolerable, traspasaron el límite del desamor cotidiano. Y en la casa se instaló el silencio. Un silencio pesado lo invadió todo.

Yo restregaba mi cuerpo contra las patas de las mesas, arañaba las patas de las sillas, mordía cualquier objeto. Echaba en falta sus piernas, sobre todo las piernas suaves de ella, su mano deslizándose por mi lomo, acariciando mi hocico, susurrándome palabras dulces.

Todos los días, al atardecer, subía de un salto hasta la ventana y, con el hocico pegado al cristal, vigilaba el Volvo metalizado que debería llegar con ruido de motor y de frenos. Ese ruido que anunciaba mi nombre y los gritos de júbilo y, a lo mejor, alguna golosina.

Las esperas cada vez se hacían más largas. Muchas veces eran esperas en vano porque esa noche no llegaba ningún Volvo y sí en cambio, por la mañana, un taxi silencioso. Ella bajaba de él pálida y pagaba al taxista atropelladamente pero con una sonrisa. Su cuerpo casi no rozaba el suelo, era como un boceto de sí misma, más alada que humana.

A los pies de su cama yo aguardaba, entre sueños, la mano que se deslizaría a contrapelo por mi lomo. Con suerte, ella me cogería y me pondría a su lado, pensaba. Pero eso no sucedía; ella se desnudaba y se deslizaba sin hacer ruido entre las sábanas, sin más, hasta que su respiración monótona me decía que estaba dormida. Y yo me quedaba dormida también.

Una tarde, desde lo alto de la mesa de la cocina, mi sitio favorito, le vi. Vi cómo él entraba en la casa que ya no era su hogar. Vi cómo hacía y rehacía una maleta a toda prisa. Me vio y me llamó y pasó su brazo por mi lomo hasta llegar a la cola, como solía hacer. Me pareció que sus ojos estaban húmedos y que se pasaba la palma de la mano por ellos, como si le doliesen. O como si estuviese muy cansado.

Esa noche ella llegó muy tarde, puso música a todo volumen y vació varias botellas de cerveza hasta caer al suelo vencida por la soledad y las lágrimas. En un rincón, sin atreverme a invadir su dolor, permanecí alerta hasta que se hizo de día.

Lo oía en la oscuridad, a intervalos. Era como el ruido de una canica al rodar por el suelo. De noche los ruidos se acrecientan y pueden convertirse en monstruosas alucinaciones. Pero no era una alucinación. Estaba ahí, con su cuerpo diminuto y flexible, pardusco, retándome a compartir un espacio exclusivo, mi espacio. ¿Cómo se atrevía a invadir ese espacio sagrado?

Las huellas de aquella posible amenaza hicieron que ella saliese de su letargo. De pronto estalló una tormenta de pasos apresurados y salidas y entradas en todas las habitaciones de la casa. Se probaron distintos elementos para hacer huir al intruso: veneno, ultrasonidos, la clásica trampa atraparatonos... Sin resultado. El intruso se instaló cómodamente en nuestras vidas, con total impunidad. El tiempo silencioso se transformó en una etapa de alertas y estrategias para dar caza al enemigo.

Yo me sentí obligada a hacer un gran esfuerzo de memoria. ¿Qué era lo que ordenaban mis genes? ¿Lo que me decían al oído mis ancestros? “¿Eres o no eres una cazadora? Pues entonces, ¡caza, vamos! ¿A qué estás esperando?”

Después de varios intentos fallidos la nueva propuesta llegó por casualidad, como suele pasar. ¡Los chinos! En las tiendas chinas hay de todo, incluso trampas para ratones, según nos informó la vecina.

Y ella volvió a ser ella, afanada en conseguir un objetivo, centrada y concentrada en diseñar una estrategia adecuada, un plan sin fallos. “Le voy a echar de aquí...”, pensaba en alto mientras me pasaba la mano a contrapelo por el lomo. ¡Qué felicidad! Parecía que todo volvía a la normalidad.

Las jornadas se convirtieron en un juego, en un pilla-pilla, en un jugar al escondite excitante y maravilloso. Cada día ella colocaba el artilugio comprado en los chinos, una especie de hoja pegajosa, en un lugar diferente: debajo de la cama, junto a la nevera, debajo de la mesa... Sin éxito. En la trampa china quedaba pegada toda clase de bichos excepto nuestro enemigo. La pretendida ayuda del queso tampoco funcionó.

Y así se sucedieron los días y, como el paso del tiempo casi todo lo cura, fuimos asumiendo la nova situación con la esperanza de que nuestro enemigo abandonase, aburrido. Ella volvió a maquillar su fragilidad por la mañana, retomó su andar decidido y ruidoso, los frenos del Volvo volvieron a canturrear diariamente, las orquídeas se multiplicaron en el salón.

Pero mi frustración estaba ahí, en el fondo de mi estómago alimentado con pienso extra para mascotas con *pedigree*. Mi sensación de fracaso no se disipaba, despertaba y aumentaba cada vez que me topaba con la trampa china en cualquier esquina. La trampa china seguía vacía, estaba impoluta, mientras el intruso vivía su existencia sin ningún trauma.

Una mañana de otoño incipiente yo dormitaba sin preocupaciones, aguardando a que ella saliese de su habitación para tomar mi desayuno. Y de pronto le vi allí, pequeño, tembloroso, agonizando sobre la hoja pegajosa, junto a un pedazo de queso rancio

Ella gritó, espantada. El plato que llevaba en la mano salió por los aires y el suelo se cubrió de trozos de porcelana y pienso selecto.

Ocurrió todo muy rápido. Salté encima de mi presa, con los pelos erizados y un instinto repentino e irrefrenable de cazadora. Estuvo a punto de ser mío a no ser por la mano que me levantó en el aire y me estrelló contra la puerta. Y perdí la consciencia.

Habría sido un final poco digno para una gata siamesa en su séptima vida. No me importaron los puntos de sutura y una pata rota. La próxima vida, es decir, la octava, prometía y además quería tener otra oportunidad de cazar. Una caza de tú a tú, limpia, sin trampas chinas ni de otra clase. Era, soy, una cazadora.

De mi octava vida ya hablaré otro día, ahora estoy muy cansada y solo me apetece dormir. Esta vez casi prefiero que ella no me acaricie a contrapelo el lomo, pero ella insiste, pasa su mano una y otra vez sobre mi cuerpo dolorido y no para de hablarme en voz baja.

Mi octava vida es otra historia y merece un capítulo aparte.